CAPITULO VII

De cómo D. Quijote y Tragaldabas se hicieron ermitaños y del suceso de la copa maravillosa.

Cuando iban ya cerca y distinguían claramente los muros sombríos del monasterio, alzándose entre peñascos rodeados de bosques semivírgenes, D. Quijote salió de sus abstracciones y dijo á Bartola:

Ese que vemos debe ser el Priorato de los Trapenses, y ninguno más á propósito para nuestros intentos de vida de penitencias y austeridades: porque has de saber que esa orden la fundó el noble conde de Perché, Rotrú, allá en Normandia, y la reformó el Abad Armando, restableciendo las antiguas costumbres de los monjes del Cister, por lo que se llaman Cisterciences reformados; y su regla es la oración y el trabajo físico, las yerbas por alimento, la cabeza afeitada, una calavera delante de sus ojos siempre, la visita diaria á la fosa en que han de enterrarlos, y el silencio absoluto y contínuo; tal que sólo se saludan al encontrarse, diciendo uno *morir tenemos*, y contestando el otro, *ya lo sabemos*.

Señor, dijo Pedro Bartola parando la borrica en firme; por lo que escucho creo que hemos tomado muy precipitadamente esta determinación de hacernos ermitaños; sobre todo de esos de la Trapa, y que sería bien antes de avanzar parar aquí y reflexionar un poco sobre esas reglas y nuestra vocación ó fuerzas para cumplirlas: porque todo estaría bien, las yerbas que es lo que tenemos por manjar ahora, la cabeza afeitada que ya la lleva Usía, la calavera delante, que yo la tengo siempre desde que le encontré, y la visita á la fosa, que es lo que creo nos aguarda; pero asaz de locura sería comprometernos á ese absoluto silencio, no pudiendo soportarlo y no siendo bien obligarse á cosa que no se ha de cumplir.

Tienes razón, dijo D. Quijote, que es lo más

dificultoso, y yo no sé por qué han de haber puesto en esa regla el silencio, cuando la palabra es don del cielo y el emplearla comedida y sabiamente necesidad imprescindible del ánima. Conforme estoy contigo en eso de que nos ha de ser casi imposible estarnos mirando el uno al otro sin decir más que *morir tenemos*, y ello una sola vez en todo el día. Pero este sacrificio es el que acaso valga más, por lo mucho que cuesta, y no hemos de ser nosotros reformadores de la orden. Entremos en ella como novicios y probemos en el término que nos darán si podemos ó no soportar ese mutismo, y sinó tiempo hay de que busquemos otro monasterio, donde no haya ese mandato riguroso, y podamos hablar á nuestro sabor, aunque suframos las otras mortificaciones de ayunos y abstinencias.

Siendo como prueba, dijo Tragaldabas, no tengo inconveniente, y yo me creo que á la media hora habremos salido echados de esa regla estrechísima, por no poder contenernos.

Y andando á más andar llegaron á la puerta del monasterio, á eso del medio día; llamando con tres fuertes aldabonazos.

El lego portero salió á abrirles, sacudiendo unas llaves que hacían harto ruído, no sin preguntar antes quién iba y qué quería; y como oyese, pues así lo expresó D. Quijote, que era un caballero, más que si fuese de la orden de Calatrava, con su escudero y servidor, pasó á avisar al Prior del convento y volvió abriendo presurosamente la puerta, haciéndoles entrar, y guiando á los recién llegados al locutorio.

No tardó en aparecer el Padre Prior, con su sayal azul y la cabeza raída, sin más que un cerco de cabellos canosos; y al ver á caballero y escudero, quedó suspenso, pues aquél iba armado como no se acostumbraba.

Hízole ademán de que se sentase, y por su movimiento resignado le dió á entender que estaba dispuesto á oir su demanda.

Padre Prior, dijo D. Quijote, aquí tiene vuestra Reverencia contritos y arrepentidos á dos pecadores, que desean entrar en esta Orden de penitentes. Sabed que yo soy uno de los caba-

lleros más famosos del mundo, y éste mi escudero que me sirve, y que hemos cometido el más horrendo pecado que puede caber en criatura humana.

Miróle el Prior fijamente, con expresión de piedad, y como le hiciera otro signo para que continuara su relato, prosiguió D. Quijote:

Aquel famoso crimen de Edipo, que produjo la guerra tebana; aquella traición de Bruto, que destruyó los proyectos de César; aquel despeñamiento de los hermanos Carvajales, que dió al Rey D. Fernando IV el sobrenombre de Emplazado, no tienen comparación con nuestro delito. Solamente se le asemeja el del Conde Hugolino, y más propiamente, para hallarle igual, había que ir á morar entre los salvajes de Sierra Leona.

Abrió el Prior unos ojos desmesurados, y dió á entender en su expresión de asombro y de duda que deseaba saber concretamente el caso; por lo que D. Quijote continuó:

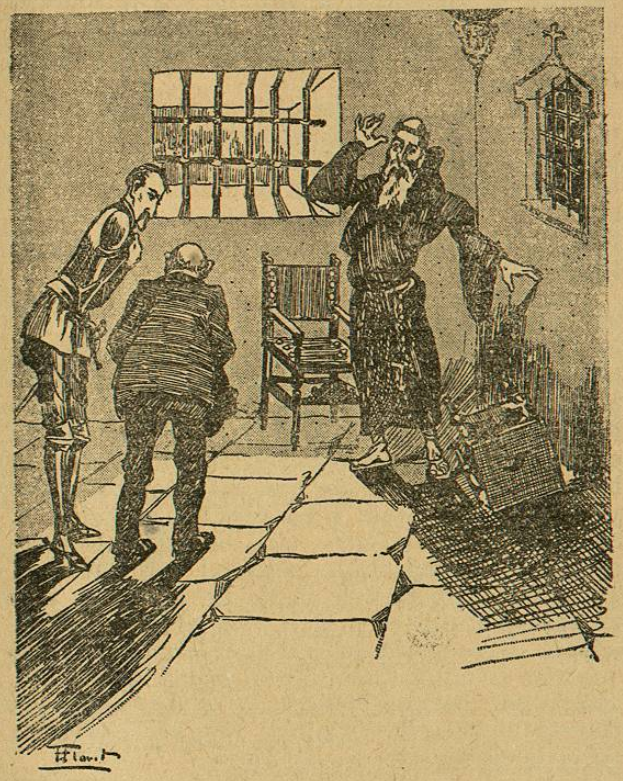
Sí, Reverendo Padre, es positivo; vuestra Reverencia tiene delante á dos caníbales: porque esta mañana nos hemos comido, no así como se quiera, sino adobado con manteca y asado á la llama, el cuerpo descuartizado de un tierno infante.

El Prior, que estaba sentado, cayó hacia atrás lleno de estupor, y apenas pudo sostenerse contra la pared en el taburete.

Ese tierno infante, añadió D. Quijote, era el hijo de una dama de elevada alcurnia, que me estaba prometida en matrimonio, y que sin duda lo hubo de otro que la forzara; y aunque yo sólo me comí una tercera parte, y este escudero mío los otros dos tercios del vástago, me reconozco culpable con él por igual, pro-indiviso é insólidum, y venimos ambos llenos de arrepentimiento á purgar nuestra culpa con el Sacramento de la penitencia, y á ingresar en esta estrecha orden para todo el resto de nuestra vida.

Quedó el Prior meditabundo, sospechando si aquellos dos, más que arrepentidos, irían deseosos de entrar en el convento, como lobos en redil de carneros, para seguir saciando su

apetito; pues los monjes trapenses, que eran allí diez, á pesar de las yerbas cocidas, estaban gordos y bien cebados; pero obedeciendo ante todo al deber cristiano, que á nadie niega el Sacramento de la penitencia, levantóse, extendió las manos sobre D. Quijote y su escudero, co-



mo para absolverles, mientras éstos se arrodillaban, y les hizo traer por medio de otro monje las reglas impresas de la orden, para que se enterasen si á ellas querían someterse; todo sin pronunciar ni una sola sílaba.

Conformes D. Quijote y Bartola, fueron llevados al departamento de los novicios, y allí quedaron en dos celdas contiguas, separados de

los otros, con sus propias vestimentas, mientras se les disponían sus sayales.

Estaban esas celdas en el más alto piso del monasterio; eran estrechas, con ventanas de muy espesas celosías, y todo el ajuar respectivo era un banquillo de palo, un camastro de tabla con su manta, y en frente un reclinatorio para la oración, de madera y pintado de negro, sobre el que descollaba un Crucifijo, y la reglamentaria calavera enseñando sus huecos ojos y desdentada boca.

Allí se sentó D. Quijote, entregándose á la meditación de su culpa; mientras Bartola en la otra celda esperaba el desenlace de aquella aventura, vuelto de espaldas á la calavera de su reclinatorio; por no verla ni pensar en plena salud, sin enfermedad ni calentura, en una muerte anticipada.

¡Válame Dios, decía entre sí el caballero: cómo se han cebado en mí las malas artes de mis enemigos, hasta hacerme dar en esta celda que es un sepulcro en vida! ¡Quién me dijera há poco, en aquella fiesta del Nigromante, cuando tuve aquella dulce plática con la Señora de mi alma, que había de verla en figura de estulta bestia, y que habían de pasarle cosas tales que ya no pudiera venir á mí cándida y pudorosa, como en aquel entonces, sino brutalmente atropellada y con un hijo, para mi tormento! ¡Y quién me diría que se había de agrandar más el abismo entre ella y yo, con el descuartizamiento de ese hijo suyo y el infernal almuerzo que hice de sus tasajos! Y reflexionando en esto, aún le parecía que llevaba en su estómago, sin digerir, al hijo de Dulcinea, que se le revolvía en él lanzando tiernos quejidos.

Apartó al fin de su mente ideas y recuerdos mundanos, y quiso consagrarse sólo á la oración, como cumplía á su estado nuevo.

Reinaba en el convento silencio universal; tanto que no se oía el vuelo de una mosca, y sólo se interrumpió por el toque de la campana llamando al refectorio. Allá fueron los dos novicios, D. Quijote y Bartola, mirándose de reojo y casi sin poder contenerse ya en el hablar,

y tomaron unas yerbas cocidas y una ración de espinacas.

Después la campana llamó á coro y todos con sus sayos blancos, destinados especialmente para ello, estuvieron orando calladamente.

Admiraba el Prior la devoción de los dos novicios; pero el lego, que había estado escuchando de oculto al principio, la confesión que de sus culpas hizo D. Quijote, les seguía atemorizado, creyendo que no podía parar en bien la intromisión en la regla de aquellos dos antropófagos.

No dejó ese lego, que era el portero, de comunicar sus temores al otro lego que mangoneaba en la cocina, y ambos se dedicaron á observar, cuando podían, á los dos sospechosos novicios.

¿Sabe, hermano cocinero, dijo aquél, que ese hombre tan alto, flaco y descarnado me huele á azufre?

También me ha dado á mí ese olor, y bien pudiera ser Lucifer en persona.

¿No ha visto qué ojos tan vivos y saltones los suyos, y qué cara tan angulosa y satánica?

Sí que los vi, y aun me parece que llevaba unas largas y encorvadas uñas y que le asomaba por las calzas la pata de cabra.

¡Ave María Purísima!

Sin pecado.

Y los dos se santiguaron al mismo tiempo.

Después del coro, el hermano portero aprovechó una ocasión y subió á observar á ambos catecúmenos, mirando alternativamente á sus celdas por el ojo de las cerraduras.

D. Quijote se paseaba ya, nervioso y excitado, no pudiendo aguantar tanto silencio, y Bartola había cogido con un papel de estraza la calavera y en aquel momento la metía debajo del reclinatorio.

¡Hola! ¡hola! murmuró el lego para sí. ¿Esas tenemos? ¿Con que escondes la calaverita? ¿Y tú te paseas á zancadas manoteando? ¡Cómo se conoce que os pone alterados la presencia del Crucifijo!

Al cabo de un momento, Tragaldabas no pudo contenerse más y llamó con los nudillos al ta-

bique que separaba su celda de la de D. Quijote, y éste acudió y los dos se pusieron al habla, sin que dejara de escuchar el lego.

¡Ay, mi Señor y dueño; que yo no puedo estar más aquí y prefiero las calderas del infierno! dijo Bartola.

¡Calla Luzbel! respondió D. Quijote; que ya tendremos tiempo de tomar nuestro partido.

¡Visto está, murmuró el lego; este gordo y greñudo es Luzbel, disfrazado de rústico; y este su Señor y dueño debe ser Satanás! Y huyó por los pasadizos y escaleras, haciendo cruces y echando latinajos, para contar á su compañero lo que había visto y escuchado.

¡Reverendo Padre, dijeron los dos á coro, apareciendo é hincándose de rodillas en la celda del Prior. Por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo echemos pronto del monasterio á esos dos novicios que han entrado hoy. No son séres humanos, Reverendísimo Padre, sino personajes diabólicos. Por donde van dejan un rastro de olor á azufre quemado!

Pero el Prior no hizo el menor caso, mandando salir á los legos con un ademán imperioso, y por la tarde fueron todos otra vez al coro, al son de la esquila que tañía quejumbrosa.

La piedad de D. Quijote, que de hinojos oró larga y fervorosamente, alejó toda sospecha del Prior. Más vocación tenía aquél, á pesar de su andante caballería, para monje, que el impaciente Tragaldabas.

Ya entrada la noche, tocó la campana al descanso, y Bartola y D. Quijote se acostaron en sus respectivos camastros, en la obscuridad profunda de sus celdas. Todo el Monasterio pareció quedar sumido en un doble silencio, en el fondo de las tinieblas.

Tragaldabas se durmió descuidadamente; pero D. Quijote tuvo una larga pesadilla. Creyó que pasaba como Reinaldos por las orillas del Pó y que, como á él, se le apareció un mago y le preguntó si amaba á alguna mujer. Sí, respondió D. Quijote, y el mago le convidó á comer en su palacio, prometiéndole poner en sus manos una copa maravillosa. Accede D. Quijote,

y entra en el palacio aquel, cuyas paredes son de pórfido y mármol serpentino. En el patio vé ocho magníficas estátuas, que tienen el cuerno de Amaltea. En un gran salón está la mesa dispuesta, y los manjares del banquete servidos por pajes, son deliciosos y suculentos. A los postres, un servidor trae una copa de oro, incrustada de piedras preciosas y llena hasta el borde de un vino riquísimo. Esta es la copa maravillosa, dice el anfitrión: si vuestra amada os guarda fidelidad, bebed que no se derramará ni una sola gota. Si os es infiel, el líquido se verterá por vuestro pecho, negándose á vuestros labios. Ante esta prueba decisiva, Don Quijote que recuerda las perplejidades que le había producido el estado de Dulcinea encantada, casi no se atreve á tomar la copa entre sus manos; pero por fin se resuelve, y al aproximarla para beber todo el vino se le derrama. Entonces, iracundo, arroja la copa por la ventana al mar que ruje al pie del castillo, y el mago prorrumpe en burlonas carcajadas.

¡Has de decirme quién es mi rival! grita Don Quijote, tirando de la espada, y el mago retrocede riendo. ¡Has de decirlo, infame encantador! repite D. Quijote, y á estas siguen otras voces desaforadas que atruenan el convento y despiertan en sus celdas á los monjes. Tragaldabas se despierta también. Todos acuden: la comunidad en ropas menores; los legos en calzoncillos, y cuando asoman por la galería donde está la celda de D. Quijote, ven á este salir en camisón, espada en mano, gritando y persiguiendo al imaginario nigromante.

¡Es Satanás! dicen los legos, haciendo la señal de la cruz.

¡Huye, Luzbel! gritan los monjes, pronunciando exhorcismos.

Algunos traen hisopos llenos de agua bendita, y lanzan rociadas en dirección al caballero; otros sacan la Cruz, con los dos ciriales, oponiéndola á la flamígera espada de aquel ángel de las tinieblas.

Varias gotas del agua bendita dan en la faz de D. Quijote, que despierta, y al hallarse rodeado de fantasmas, pues eso crée, prosigue con

más coraje sus cuchilladas, que hienden el aire sibilantes.

Bartola se interpone y le abraza y conduce á la celda; los monjes huyen aterrados, unos á refugiarse en la capilla, y otros á tocar á rebato la campana.

¡Salgamos de aquí! dice Tragaldabas á Don Quijote, vistiéndose y ayudándole á vestirse presurosamente, y éste se ciñe su armadura, y, espada en mano, sale con su escudero, del que todavía cree castillo del nigromante dueño de la copa maravillosa. Franquean pasadizos y corredores, claustros y patios inmensos, y en fin la puerta, sin encontrar alma viviente; pues los monjes, unos están debajo del altar mayor de la capilla, y otros en la torre repicando desesperadamente, y los legos han salido del monasterio y volado á avisar al pueblo más próximo para que acudan los vecinos en somatén.

El aire de la madrugada serena el ánimo de D. Quijote. Fuera del convento, entre las peñas en que los dejaron, estaban Babieca y la borrica, calentándose mútuamente con el vaho de sus hocicos. D. Quijote monta en su caballo y Bartola en su hacanea. Entre la húmeda niebla matutina, que les moja y les entumece, parten á buen paso, contando D. Quijote á su escudero el engaño que había sufrido en aquel que creyó monasterio de la Trapa, y con aquel que imaginó Prior, y que no era sino un mago enemigo suyo, que le había atraído allí para hacerle saber la infidelidad de Dulcinea, por medio de una copa maravillosa, y burlarse de su dolor y desventura.

Pero tú puedes atestiguar, añadió, cuán pronto herí y derribé al filo de mi espada á él y á todos los de su ralea, no quedando uno para contarlo, apesar de los toques de aquella campana encantada, que llamaba á la pelea y en su ayuda á todos los servidores del Averno.

Veo, respondió Tragaldabas, que no está de Dios que seamos trapenses, y que, si los encantadores han dado en la flor de disfrazarse de monjes, será mejor que tomemos otro partido que el de hacernos ermitaños, para no caer en sus arteros lazos.

Tienes razón, respondió D. Quijote, y es preferible ir á Roma á pedir al Santo Padre absolución de nuestras culpas; pero antes procede que averigüemos en definitiva qué es de Dulcinea, porque ya no estoy seguro de nada: ni si aquella copa del mago sería un artificio para hacerme creer en su infidelidad; ni si será también cosa imaginaria cuanto de mi dueña y Señora vimos en el castillo de Loarre, y hasta el festín que hicimos con su vástago. Sigamos el camino á Zaragoza, que todo se aclarará y despejará, y ya haremos aquello que convenga, según lo que resultare acreditado y cierto.

Nunca ha hablado Usía más en su juicio, respondió Tragaldabas, que deseaba eso precisamente; y, perdiendo de vista el monasterio donde los monjes creían haber tenido de novicios á Luzbel y Belial, mientras aquéllos rociaban de agua bendita sus celdas y todos los claustros exhorcisando á los infernales espíritus, buscaron ambos jinetes la carretera, para ir en derechura á la ciudad del Ebro, donde les aguardaban otras sorprendentes novedades.